(118)

Breves observaciones que un ciudadano de las Provincias del Rio de la Plata dirige ã los españoles liberales que desean acelerar el termino de la desastrosa guerra de America.

La causa de la libertad ha triunfado gloriosamante en España; y los nobles señores deben convencerse de que las ilusiones, y las artes de los tiempos viejos no valen mas para conservarles sus absurdos é injustos privilegios, que valieran hoy para atacar, y defenderse las armas de D. Quijote. Vana será asi mismo la coalision de algunos príncipes, que se obstienen en no ser reyes: y se tienen la temeridad de seguir resistiendo ciegamente à lo que es irresistible, perecerán sin duda. Pero, el deseo de dominacion y de poder, padre de toda tirania, vive en el corazon humano, y no perece. El es capàz de seducir á los mejores amigos de la libertad, que cuentan todavia un nùmero muy considerable de enemigos astutos, y versados en todo género de engaños. Los que no saben vivir sino del erario son esclavos fieles del poder, ejerzalo el pueblo, el senado, ò el rey; y como su fortuna, y sus esperanzas crecen en proporcion de lo que la arbitrariedad se extiende, siempre están dispuestos à aconsejar, segun los tiempos, ya el sacrificio del gobierno legal al temor del despotismo, ya el de la libertad à la seguridad del gobierno. Tan presto son Demagogos furiosos, como Inquisidores fanáticos, porque de uno y otro modo tiranizan la porcion industriosa, productiva y pacífica de los pueblos, que solo pide no ser turbada en el uso de sus derechos naturales y civiles, para crecer en provecho de todos. Aquellos hombres extraviaron à las còrtes de Cadiz en la causa de la América; y autorizados por ellas para perseguir de muerte á los liberales americanos, han cubierto de ruinas el nuevo mundo. Aliaronse luego con los seductores del rey Fernando, y persiguieron à los liberales de España, y á los de América juntamente. Prevalece hoy de nuevo el partido de la libertad, y ya los veo tomar la librea que arrojaron en 1814 para presentarse convenientemente en la escena. Les veo conservar aun el influjo que tuvieron por desgracia en esta guerra fratricida. Tan fertil para ellos en riquezas, en honores, y en poder; y temo mucho que moviendo sus conocidos resortes, y poniendo en juego preocupaciones nacionales, y errores lisongeros, alejen por muchos años esa paz tan deseada de los buenos, y tan conveniente à los progresos de la civilisacion general. Los principios fundamentales de la constitucion española darían sin duda la solucion de ese gran problema; pero entre la teoria de los principios, y su justa aplicacion, puede quedar un ancho campo en que maniobren holgadamente los enemigos de la libertad. Ellos saben que una constitucion liberal, y una esclavitud práctica no son incompatibles; y que un pueblo valiente y generoso puede ser arrastrado à todos los horrores, y à todos los crímenes de una guerra insensata, abusando directamente de la energia de sus sentimientos. No quiera Dios que siendo inùtiles las sangrientas lecciones que hemos recibido volvamos à dar al mundo el terrible espectáculo que dimos durante el primer reinado de la constitucion. Mas el peligro es grande, sino se apresuran los patriotas españoles à ilustrar la opinion pùblica sobre esta importante qüestion.

El deseo de la paz es sincéro en los pueblos de España y de América, que se regocijan ya con la perspectiva de una próxîma reconciliacion. Esto bastaría à tranquilizarnos si sus esperanzas no pareciesen fundadas en suposiciones contradictorias. Las de los españoles en la sumision espontanea de los americanos independientes; las de estos, en el reconocimiento solemne de su independencia. No tardará el desengaño: y los americanos comienzan ya á tenerlo por los primeros pasos que ha dado el

gobierno constitucional en la carrera fatal de las pasadas córtes. La resistencia de los independientes será considerada como rebeldia: diráse luego que el honor de la nacion española está comprometido á reducir, y castigar los rebeldes. La guerra se decretará como necesaria, y las dulces esperanzas de la paz volverán à ahogarse en sangre y lágrimas. Mi corazon está agitado de funestos presentimientos. Estoy viendo à los bárbaros enemigos de la libertad aplaudirse y gozarse en su triunfo. Los estoy viendo calcular con nuevas fuerzas para completar su obra de destruccion, y de ruinas. Si la clase laboriosa de España, si los nobles campeones de la España libre pudiesen conocerlos bien, y observarlos de cerca, el peligro se habria desvanecido de un golpe; y este mismo año vería reconciliada y amiga la familia española. Entretanto, seame permitido hacer algunas observaciones nacidas de un buen deseo, y deducidas naturalmente de esa política de paz, y justicia que conviene à los pueblos libres de nuestra era, y que es tan conforme á las bases primeras de la misma constitucion española.

1ª.

¿Qué medios serán ahora los mas eficaces y seguros para obtener cuanto antes nuestra deseada paz? Esta pregunta nos hacen generalmente nuestros amigos, y parientes de España que se congratulan con nosotros por su recuperada libertad. Que nuestros hermanos se persuadan intimamente de que el primer medio y el mas seguro de restablecer la paz consiste en que su gobierno constitucional lo quiera sinceramente. Los americanos sostienen una guerra puramente defensiva. Ni desean, ni necesitan conquistas, ni privilegios, ni monopolios. No quieren mas que gozar quietamente de sus derechos naturales y políticos, derechos justisimos, y absolutamente inofensivos. Nadie pues sospecharà que sea poco sincero su deseo de la paz, ni que dejen de aceptarla con prontitud y buena voluntad.

2ª.

Si el gobierno español desea con sinceridad establecer la paz, deberia anunciarlo directamente á los gobiernos independientes de América por medio de personas que sean propias para un ministerio pacifico, y conciliatorio. No dudando la nacion española de la injusticia de la guerra, tampoco puede su gobierno creer que le sea indecorosa la proposicion de la paz: cuya iniciativa, siempre fué honorífica à un pueblo grande y virtuoso. Los virreyes, generales, gobernadores, y demas empleados de la corona en América, son pesimos conductos para estas comunicaciones; porque las expresiones mas candorosas, y amigables pasando por ellos recibirian una tintura de sangre nauseosa à los pueblos americanos, y à los de la peninsula.

3ª.

Las insinuaciones por la paz, no deben acompañarse de pretensiones irritantes, ni de condiciones odiosas. Ofrecer perdon é indulto à los pueblos americanos; tratar como subditos á gobiernos tanto tiempo ha independientes; intimar en vez de ofrecer la paz, é intimarla por medio de gefes militares empleados activamente en una guerra barbara, seria el colmo de la extravagancia. Valiera mas un silencio absoluto. Exîgir que los gobiernos independientes de América renuncien á su independencia, y se crean ligados á la constitucion española, que no hicieron, que no han querido aceptar, y que ha sido por mucho tiempo el pretexto de inauditas crueldades, es cosa tan chocante al buen sentido, como lo seria el que los americanos tubiesen una pretension igual respecto de los españoles, aun tratandose de una constitucion probada excelentisima para España, y para América juntamente, lo cual parece una chimera política. Ademas semejante pretension es inconciliable con el principio fundamental de la actual constitucion española, que desecha como ilegitima toda autoridad que no emane de la voluntad de los pueblos expresada libremente por ellos mismos, ó por sus legitimos representantes. El dogma de la soberania del pueblo anula los derechos que se arrogaron los reyes como señores naturales, como conquistadores, ò como representantes de Dios. Derechos escandalosos y sacrílegos, que creando un falso honor, y una falsa politica han sido causa fatal de tantas guerras, y han prolongado lastimosamente la miseria y la esclavitud de la raza europea en el mundo viejo, y en el nuevo. El reconocimiento de los gobiernos independientes de Amèrica, tan lejos de ser una condicion humillante para la nacion española será un resultado gloriosisimo de su misma libertad.

4ª.

Admitida esta base indispensable la paz està hecha; y no solo la paz, sino la reconciliacion entre la madre patria, y sus hijas establecidas honorablemente de esta parte del Atlantico. Los extrangeros tendrán en los puertos americanos un acceso tan libre como en los puertos españoles; pero las ventajas que resultan de la identidad de origen, de idioma, de religion, de constumbres, de vicios y de virtudes serán exclusivas de los españoles de uno y otro hemisferio. Las ruinas sangrientas de América y España se consagrarán solamente à la educacion de la familia española. Se las mostraremos à nuestros hijuelos; y desde que empiezen á diseruir les diremos. *Ved aqui los frutos del despotismo.* Cuando atravesando el Occeano lleguen á visitar la tierra de sus hermanos, los abrazaremos, los llevaremos à nuestras ruinas, y les repetiremos tambien. *Ved aqui los frutos del despotismo.* Fortificaremos asi mutuamente en nuestros descendientes el amor á la libertad, y el odio á la tirania.

5ª.

Pero, diràn quizá compasivamente algunos de la casta privilegiada: los pueblos americanos no son capaces de formarse un gobierno libre è independiente. Ellos seràn victimas de la anarquia que ya los está devorando. Es una obligacion de la madre patria reducirlos à orden, y enseñarlos à ser libres. Las expresiones de un zelo puro y de una caridad ardiente han servido tantas veces á negros proyectos de venganza y de usurpacion, que llega á ser prudencia el escusarlas en muchas ocasiones, para no inspirar desconfianza. Napoleon compadecido de la miseria y degradacion à que habia venido la nacion española, se tomó el trabajo de regenerarla y hacerla feliz; pero los buenos españoles no quisieron ser felices á bayonetazos. Los serviles veían un Jacobino en cada liberal, y un codigo de anarquia en la constitucion. Ellos la hicieron anular por amor á la patria: por bien de ella restablecieron el poder absoluto con la caritativa Inquisicion; y mancharon los cadalsos con la sangre de sus mas ilustres compatriotas. Afortunadamente la nacion ha vuelto á enseñar al mundo que no sufre el que la fuerzen, ni para ser feliz ni para ser libre. Los americanos son hijos de los españoles; y esto debieran tener muy presente los que pretenden hacerles bien por fuerza. Abandonemos de una vez esa política de hipocresia, y de mentira. Noble franqueza es la que conviene solamente entre pueblos hermanos, iguales en desgracias, reciprocamente interesados en su libertad, é independencia. Es verdad que el depotismo que nos ha oprimido por tanto tiempo ha dejado en nuestra familia habitudes de ignorancia, de supersticion, de intolerancia, de indolencia, y de cuantos vicios forman el horrible cortejo de aquel monstruo. Es verdad que la guerra, esa larga, y nefanda guerra, ha acumulado el poder en algunos ciudadanos, que tomando al principio las armas para defender la causa de su patria, las conservaron despues con el objeto de dominarla. Es verdad que entre los americanos hay tambien ambiciosos, que buscan el poder fomentando la tirania popular. Y bien ¿bastcrá esto, para que desesperemos de la libertad de América, sus verdaderos amigos? ¿Nuestros hermanos los españoles están á cubierto de esos mismos males, ó tienen asegurada ya su propia libertad? ¡Plugiera al cielo que asi fuese! Mas, ni por eso, la guerra dejaria de ser el medio mas absurdo de establecer la libertad americana; porque sublevaría las pasiones nobles que caracterizan dó quiera al pueblo español, y provocaría á esa resistencia obstinada de que hemos dado tan terribles ejemplos. Los males ya hechos, los que multiplicaría el furor militar, los que trahería con sigo la tiranía interior fomentada por la misma necesidad de defenderse, todo, todo formaria una masa inextinguible de odios contra los conquistadores que se esforzarian en vano à persuadir. La libertad en sus manos sangrientas sería aborrecible. Conquistarian la tierra quizâ pero sería preciso que la conservasen como una conquista. La constitucion liberal de España no podría asentarse sobre la tierra movediza de los sepulcros. Ella sería buena para los conquistadores, jamas para los conquistados. En fin, quando la fortuna coronase con el mas completo suceso á los soldados del rey ¿podrian olvidar los restaraudores de la libertad de España que toda conquista es una injusticia; y que ningun pueblo libre ha sido hasta ahora injusto impunemente? ¿Y por qué abandonar el seguro camino que nos están señalando la natureleza, y la justicia? La libertad, é independencia de Amèrica es muy preciosa á los intereses mas sagrados de la nacion española. Prestéuse pues un mutuo apoyo en la causa de su libertad los españoles de ambos hemisferios. Que una conducta generosa, leal, y franca borre impresiones siniestras, y restablezca la confianza perdída. Que llamaindose España la madre patria, lo sea en efecto; que se envanesca de

la gloria y prosperidad de sus hijas, y que goze por siempre de la dulce autoridad que el amor, y la beneficencia le aseguraràn sobre estas. Si alguna hay tan desgraciada que no pueda sofocar el monstruo de la anarquia, ni contrarrestar sola la violencia de un usurpador, buscarà ã su madre y la encontrará; llamarà sus hermanos, y ellos acudiràn. Esta marcha es mas noble, es mas digna, es la única que conviene à la España libre. Si su gobierno procede de buena fé, y se conforma con los principios que ha proclamado no puede adoptar otra. Que diferencia entre la fingida compasion de un tirano hipócrita que cuenta las heridas de su víctima para calcular la resistencia que todavia podrá hacerle; y el interes oficioso de un amigo, que las registra y las sondea cuidadosamente para curarlas! ¿Qué pensariais de nosotros, españoles, si empeñados como estais en fundar vuestra libertad, nos vieseis alegar seriamente y aun con regocijo vuestros errores, y vuestras desgracias como otras tantas pruebas de vuestra inbecilidad, y condenaros desde luego à perpetua tutela? ¿Querriais con efecto hacer este papel entre los americanos? No: la nacion española no querrà esto, pero advierta que tal es exâctamente la conducta que están observando muchos de sus mandatarios en esta parte del mundo.

6ª.

Si reconocemos la independencia de los nuevos gobiernos americanos dirán los politicos Persianos, nos serà imposible conservar sujetas las demas provincias de Ultramar, y quedaremos sin colonias.

Esta idea hace temblar, y serà el argumento irresistible de los monopolistas de toda especie hasta que la opinion publica de España acabe de ilustrarse. Podria recordar aqui que la Flandez no siguiò el ejemplo de las siete provincias Batabas, ni el Canada ha seguido el de los Estados-Unidos de América. Mas para que: si yo espero que antes de pocos años, apenas parecerá creible, en la peninsula, que se hayan hecho tantos y tan inmensos sacrificios á un fantasma vanisimo. Los sabios españoles que se ocupan en la honrosa tarea de disipar la ignorancia, y las preocupaciones de sus compatriotas, se apresurarán à demostrarles, entre otras las verdades siguientes. 1ª. Que si las colonias son propias para descargar á la madre patria de una poblacion redundante, son muy inconducentes como medio de acrecentar la riqueza general del pais, y de aumentar las rentas públicas. Uno y otro objeto se llenarà completamente con la libertad è independencia de las antiguas colonias españolas. 2ª. Que el monopolio no produce ventaja alguna real, ni à la madre patria, ni á la colonia, antes es dañoso, y opresivo à ambas. 3ª. Que si algunas provincias de América satisfechas con el nuevo regimen constitucional, ó temerosas de la anarquía, ù de la tirania exterior, por circunstancias que ellas mismas puedan conocer, quieren conservarse libremente bajo la tutela de la madre patria; no es justo que esta las deseche, ó abandone. Pero que en tal caso la dependencia voluntaria de esas colonias no seria una ganancia para la nacion protectora, sino un gravamen pesado aunque muy honroso. Y que tan lejos de temer la emancipacion de ellas, debe acelerarla cuanto le sea posible para gozar asi de todas sus ventajas reales, sin cuidados, sin los inconvenientes de una administracion distante, y sin el riesgo de guerras sumamente dispendiosas y destructivas. Por ùltimo que sepan los buenos españoles que en la independencia tan temida de las Américas gana todo el mundo, y solo pierde la raza devorante de los conquistadores, de los paracitas aduladores, y de los monopolistas ignorantes; porque no habrá ejércitos que mandar, provincias que explotar, empleos lucrativos que disfrutar, ni privilegios especiales con que enriquecerse sin industria, à costa de los comerciantes, y de los labradores industriosos de la nacion.

IMPRENTA DE LA INDEPENDENCIA.